

Cuarenta años en una cita: Leopoldo Lugones y las bibliotecas populares en los caminos de la lectura

Javier Planas¹

¹Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, CONICET. Argentina, La Plata. e-mail: planasjavier@yahoo.com.ar

Resumen: La ponencia problematiza el espacio que ocuparon las bibliotecas populares en Argentina dentro del campo de la lectura entre el final del siglo XIX y 1910. A partir de una breve descripción de la trayectoria recorrida por los estudios sobre la historia del libro y la lectura, se presenta sintéticamente la propuesta metodológica elaborada por Robert Darnton para analizar los caminos de comunicación del libro. A partir de allí, se toma como caso la formación de la biblioteca popular de Ojo de Agua (Santiago del Estero) en 1874 y se sigue su recorrido histórico en relación a los avatares generales que caracterizaron el devenir de estas instituciones. En este itinerario se produce un singular cruce en 1882 con la biografía de Leopoldo Lugones, quien contará varios años después su experiencia de la lectura con los libros de esa biblioteca en *Historia de Sarmiento*. Se concluye con una reflexión sobre los circuitos de comunicación del libro que contribuyeron a fomentar las bibliotecas populares en sus orígenes.

Palabras claves: Bibliotecas populares; Historia del Libro; Historia de la Lectura; Leopoldo Lugones.

Introducción

A mitad de la década de 1980 comenzaron a gestarse una serie de controversias que todavía resultan fundamentales para comprender los itinerarios de la historia cultural y, de manera particular, de la historia del libro. Autores de la talla de Roger Chartier y Robert Darnton se cruzaron en distintas polémicas por aquellos años, dando como resultado un cuerpo crítico de hipótesis, categorías y ensayos metodológicos desde los cuales trabajar ese ámbito todavía difuso que reconocemos como la historia de la lectura.

En Argentina, las resonancias de esos debates se hicieron sentir a mediados de los noventa, cuando las obras de Chartier comenzaron a circular profusamente en las traducciones propiciadas por Gedisa, Taurus y Alianza (Chartier, 1993 [1989], 2005 [1992], 2012; Chartier y Cavallo, 1997; Darnton, 1987, 2003, 2006, 2008, 2010). Esta línea de trabajo vino a ubicarse y dialogar con otras dos tradiciones interpretativas arraigadas en nuestro país: de un lado, la que corresponde a la recepción de los Estudios Culturales producida por los intelectuales cercanos a *Punto de Vista* en los años '70, gestando con ella una mirada investigativa puesta en la circulación de los impresos de modesta factura y en la conformación de los públicos (Prieto, 2006 [1988]; Sarlo, 1979, 1985). De otro, la que se liga a los clásicos de la historia del libro argentino, cuya riqueza informativa y estructura interpretativa continúa siendo material obligado

de consulta y revisión para quienes trabajan los siglos XVIII y XIX (Buonocore, 1974; Sabor Riera, 1974-1975).

Para la bibliotecología esos cruces han sido particularmente prolíficos. Indagaciones como las de Alejandro Parada muestran, en efecto, una estimulante relectura del pasado bibliotecario en sus múltiples imbricaciones con la cultura escrita y la constitución de lectorados, que son, después de todo, los aspectos que conforman el mundo que le brinda sentido a las bibliotecas (Parada, 2007, 2008, 2009, 2012). Este esfuerzo heurístico es, quizá, el salto cualitativo que han dejado como saldo esas nuevas lentes críticas para mirar el campo tras veinte años de investigaciones, ensayos y aproximaciones.

Pero la Historia de la Lectura aún es difícil de trabajar. El desfasaje entre la ambición de los enunciados que conforman el campo y la disponibilidad de documentos que satisfagan esas postulaciones suele resultar ingrato. No menos desafiante resulta la tarea de inscribir los casos en estructuras de significación de mayor alcance, esto es: ¿cómo interpretar una historia singular en el universo cultural y social que la produce? Las formas de zanjar estas cuestiones han sido objeto de varias meditaciones críticas. Entre ellas, pienso que la tarea historiográfica de Robert Darnton aporta muchas soluciones metodológicas y, más allá de ellas, una fuente inagotable de optimismo frente a la aridez que nos ofrecen los archivos. Quiero destacar, a partir del ejemplo que voy a proponer a continuación, la vigencia que conserva el ensayo que el historiador norteamericano publicara en 1982 bajo el título: “¿Qué es la Historia del Libro?” (2010). Puede decirse que en aquél entonces Darnton estaba preocupado por conservar la estabilidad de un campo que, tras afrontar una crisis epistemológica en los años 70, se expandía rápidamente en cientos de estudios de caso y especialidades poco menos que indescifrables. De allí el origen de su clásico circuito de comunicación del libro, que integra y delimita en un mismo esquema de comprensión la participación de distintos agentes: autores, editores, impresores, distribuidores, vendedores y lectores. Entre estos últimos se incluyen las bibliotecas, en tanto formas institucionales creadas por los distintos y sucesivos lectorados. Según el autor, una herramienta conceptual de este tipo debe permitirnos iniciar por un punto cualquiera del circuito y seguir hasta las últimas consecuencias. Podemos comenzar por un célebre escritor y su obra, pero también podemos hacerlo a través de las acciones de un grupo de lectores perdidas en el tiempo y encontrar, en el final, que hemos visitado los mismos paisajes.

El caso

Viajaremos a Ojo de Agua, un pueblito ubicado en el sur de Santiago del Estero, en los lindes con la provincia de Córdoba. Mientras se consume el verano de 1874, un grupo de vecinos se reúne para organizar una biblioteca popular. Hace ya cuatro años que funciona la Ley 419, que brinda a estas instituciones una suma de dinero igual al recaudado por sus socios en concepto de subsidios. Está política, en la consideración de sus hacedores, es un éxito. Uno de sus logros más auspiciados consiste precisamente en despertar las voluntades de lectura perdidas

en la inmensidad del territorio. Para ese mismo año, varias decenas de asociaciones han logrado reunido fondos, escribir los estatutos y los reglamentos que regirán la organización, confeccionar una lista de obras y remitir todo a la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares, que pese a su modesto aparato burocrático, se las arregla con cierta suficiencia para analizar ese papeleo y decidir su aprobación, además de establecer trato con los librerías de la capital y los agentes de viaje para la distribución definitiva de los libros. La mayor parte de estos trámites quedaron documentados en el *Boletín de las Bibliotecas Populares*, la revista que la Comisión editó para monitorear el programa y ayudar a los lectores con sus dudas sobre los mejores modos de atender una biblioteca. Es por esta publicación que tenemos noticias de aquella asociación de Ojo de Agua, que tras cumplir con las tareas preliminares y hacer los envíos correspondientes, recibió una encomienda de libros equivalente a 872 pesos fuertes, esto es: una colección estimada en 450 volúmenes.

Los títulos de ese catálogo son inciertos. Pero sabemos que Miguel Novillo, Leónidas Aloyde y Jordán Argañaraz, principales responsables de la biblioteca, eran aplicados lectores del *Boletín*, de cuyas páginas tomaron uno de los varios modelos de reglamentos para regular la entidad y abrirla al público. Su apego a las sugerencias oficiales hizo que la propia Comisión introdujera en su revista un pasaje de aquel documento donde se destaca la sociabilidad de la lectura como uno de los ejes principales de la institución: “La Comisión Directiva dispondrá en los días de fiesta y á horas oportunas, lecturas en voz alta de libros morales, de agrado o de instrucción, para la generalidad de la población” (*Boletín*, 1875, pp. 31-32). El fragmento ciertamente no tiene nada de novedoso, pero su presencia nos recuerda el modo en que los redactores trabajaron una pedagogía con visos lancasterianos para guiar a los potenciales forjadores de bibliotecas y probar, al mismo tiempo, el buen funcionamiento del sistema propuesto. Ese testimonio también nos deja una pista sobre el horizonte de lectura de aquellos bibliotecarios de oficio: los libros son morales, de agrado o de instrucción. Con estas tres categorías es posible recorrer los catálogos de todas las bibliotecas populares del primer lustro de la década de 1870, aun cuando cada uno presenta diferentes énfasis. En este sentido, mientras que algunas privilegiaron la literatura, componiendo un arco que vas desde el canon clásico y moderno hasta el folletín romántico europeo; otras sesgaron sus elecciones hacia las biografías, los libros de viaje y los tratados políticos e históricos, conformando así el repertorio moral e instructivo.

Una buena dotación de esta segunda línea de obras viajó a Ojo de Agua, aunque poco sabemos sobre el porvenir de esa asociación y esa colección de libros en los meses siguientes a su envío. En el invierno de 1875, a un año de la gesta fundacional, los miembros de la Comisión aún no tenían novedades sobre la apertura de la biblioteca, pero esperaban confiados en que las cosas estuvieran bien. Pero para entonces lo que no andaba por buen camino era el propio destino de la Comisión. La crisis financiera internacional iniciada en 1873 estaba haciendo sentir sus efectos sobre la economía local, los vencimientos de la deuda externa apretaban las arcas nacionales y Nicolás Avellaneda, flamante presidente de la nación,

inauguraba una larga tradición política a la hora de capear el temporal: reducción del personal estatal, recorte de sueldos, suspensión de subsidios y, en general, toda una batería de medidas para reducir el gasto público (Chiaramonte, 1986). Previsiblemente, las subvenciones a las bibliotecas populares fueron parte del ahorro. Y aunque cabe observar que durante el último tramo del gobierno de Sarmiento ya se había operado una baja en el presupuesto para la compra de libros, fue en julio de 1876 con la sanción de la Ley 800 que se puso punto final a la Comisión, a sus trabajos y todos los estipendios estipulados para las bibliotecas.

Ese también fue el final del *Boletín* y de todas las novedades relativas a las bibliotecas populares. Sólo las *Memorias* del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública compensas el bache con informes parciales a partir de 1877 y, al iniciarse la década de 1880, será el *Monitor de la Educación Común* el que continúe con algunas publicaciones sobre el estado del campo. Todos los testimonios oficiales son coincidentes en un hecho: la mayor parte de las bibliotecas fundadas hasta 1875 habían cerrado sus puertas. El destino de los libros fue dispar. Muchas colecciones terminaron sus días en las escuelas locales, donde fueron reutilizadas por los maestros normalistas que empezaban a poblar el mapa institucional y pedagógico de la educación Argentina. Uno de esos docentes hizo lo propio con las obras de aquél proyecto de biblioteca que una vez tuvo lugar en Ojo de Agua. Y en una mañana olvidada de 1882 escogió dos libros del estante de títulos instructivos y morales y los dejó en manos de uno de sus alumnos. Treinta años después, Leopoldo Lugones recordaba esta anécdota en *Historia de Sarmiento*, la biografía que escribió por encargo al cumplirse en 1911 el centenario del natalicio del sanjuanino:

En 1882, vivía con mis padres en el Ojo de Agua, villorio casi fronterizo, entonces, de Santiago del Estero. La escuela local conservaba restos de una de aquellas bibliotecas: los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta. Prestóme cierta vez el maestro uno de esos libros: *Las Metamorfosis de los Insectos*. Aquella fué la primera luz de mi espíritu, la surgencia de la honda fuente que venía á revelarme el amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y yo sé que esto ha constituido la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí á instituir como fundamento de la enseñanza, débolas á ese estudio infantil (...).

Durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna, el padre leía otro libro de la descabalada biblioteca: *La Jerusalem Libertada* del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino á mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre (...).

A cuántos espíritus no habrá revelado cosas semejantes los libros dispersos de aquella empresa prematura. ¿Y no es, acaso, una justificación, que el grande hombre despertara con ella en el niño desconocido, la noción de belleza y de verdad, puesta ahora por el biógrafo á la tarea de narrar su vida heroica? (Lugones, 1911, pp. 164-165)

El testimonio que fluye de la estilizada escritura de Lugones se inscribe en el marco laudatorio de la obra, cuyo objeto central es la consagración de Sarmiento en la historia de los hombres

ilustres de la nación. Pero lógica argumentativa de este pasaje presenta una singular vuelta de tuerca: al introducir la escena de lectura el autor instituye un desplazamiento desde la biografía hacia la autobiografía. El movimiento es clásico en el género: representa el encuentro crucial del yo con el libro, el despertar de la curiosidad intelectual, el origen legítimo de los saberes (Molloy, 1996). Así, Lugones justifica todas las bibliotecas populares del proyecto sarmientino en su propia pluma y en la de su generación, que es la que ha nacido de ese proceso modernizador y la que en el inicio del siglo XX lo conduce.

Lo que deja el caso

La historia que contiene el largo camino que lleva desde una ignota solicitud de libros hacia el citado pasaje de *Historia de Sarmiento* bien pudo ser contada desde esta última referencia. Y es que el fragmento condensa, a su manera, las tres instancias que caracterizan toda la conflictiva y zigzagueante historia de las bibliotecas populares durante sus primeros cuarenta años. La primera remite a la época dentro de la cual tiene lugar la reminiscencia de lectura que evoca Lugones, esto es: el contexto de la restitución de la ley nacional de bibliotecas populares y, con ello, la renovación de la participación estatal en esta agenda tras tres décadas de ausencia. Un segundo momento nos trasporta a 1882. El encuentro del autor con los libros que habían pertenecido a la extinguida biblioteca de Ojo de Agua no solo nos recuerda los difíciles marcos de supervivencia de estos establecimientos, sino que además nos sitúa en un período donde se afianza un esquema de lectura signado por la disciplina escolar, cuyas pretensiones de civilidad, autoridad y buen gusto quedan representadas en la imagen elaborada por Lugones desde el novecientos. El último tiempo explica los otros dos, es la fase que inicia la zaga, es la combinación de las ideas de Sarmiento, la tarea de la Comisión y, fundamentalmente, las voluntades asociativas que con distinto éxito se hicieron cargo de una biblioteca popular en el inicio de la década de 1870.

La imagen que propone Lugones patentiza el cierre ideal del círculo de comunicación que propusieron las bibliotecas, aun cuando recibe los libros de la mano del maestro y no de un bibliotecario. Y es que el salto institucional que dio aquella colección cambió la administración asociativa por una escolar, modificó el espacio de lectura, dio un giro en la configuración del público diseñado originalmente para esas obras; pero el espíritu mesocrático que alimentó la imaginación de los lectores de Ojo de Agua es el mismo que el autor de *Historia de Sarmiento* pone de relieve en su escena de lectura, que se identifica ante todo con el universo gestual y litúrgico del libro. Esta identificación, paradójicamente, alejó a las bibliotecas de su más profunda vocación pedagógica: la formación del lectorado popular. Cuanto más insistieron sus organizadores en el libro como forma monopólica y legítima del saber, en las rutinas institucionales, en las reglas de sociabilidad y en los esquemas de lectura que privilegiaban lo útil y lo crítico, más lejos quedaron de asir ese público nómada, el del folletín criollista y romántico, el del puesto de diarios, el de la lectura voraz de la novedad y el escándalo. Estas distinciones formales no suponen la inexistencia de puntos de contactos, propuestas

combinadas y escenarios de conflicto. No obstante, la matriz cultural que cultivaron estas asociaciones nunca se distanció de las cosmovisiones que los sectores medios construyeron para sí mismos y, por esta razón, consideraron moralmente bueno para los demás.

La historia que une la biblioteca de Ojo de Agua con el recuerdo de Lugones todavía puede ampliarse hasta restituir la totalidad de los procesos y los agentes que hicieron posible esa vinculación. Partiendo nuevamente desde la solicitud de libros, el camino continúa con la Comisión y sus tratos con los libreros porteños, sigue con los importadores y las casas editoriales de Europa, retorna a Buenos Aires y a la Comisión, que organiza el pedido y contrata el tipo de flete según el lugar de destino. Y una vez que los libros están en manos de la asociación, resta todavía disponer el espacio bibliotecario propiamente dicho, ubicar los libros en el estante, elaborar el catálogo, preparar las fichas de préstamos, armar la ceremonia inaugural y esperar a que todo funcione: que los asociados contribuyan con su cuota regularmente, que los libros sean devueltos en tiempo y forma, que la colección responda a los intereses de los lectores y, en general, que la asociación se renueve con el paso del tiempo. La historia de estos intermediarios y sus intervenciones requiere una buena dosis de paciencia. Difícilmente demos con un documento haga posible una reconstrucción integral, pero es probable que demos con fragmentos desarticulados y de distinto origen, como los libros de viaje, las memorias bibliotecarias, los registros estatales, los catálogos de librerías, los diarios y las revistas, las hojas de ruta y los manuales de oficio. La lista es extensa, pero la reunión de esas piezas puede ayudarnos a comprender un poco más el espacio que ocuparon y ocupan las bibliotecas en el circuito de comunicación el libro.

Bibliografía

- Buonocore, Domingo. 1974. Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino. Buenos Aires: Bowker, p. 259.
- Chartier, Roger. 1993 [1989]. Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza, p. 13-40.
- Chartier, Roger. 2005 [1992]. El mundo como representación: estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa, p. 276.
- Chartier, Roger. 2012. Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida. Buenos Aires: Gedisa, p. 280.
- Chartier, Roger y Cavallo Guglielmo (dir.). 1997. Historia de la lectura en el mundo occidental. Buenos Aires: Taurus, p. 585
- Chiaramonte, José Carlos. 1986. Nacionalismo y liberalismo económico en la Argentina, 1860-1880. Buenos Aires: Hyspamérica, p. 280.
- Darnton, Robert. 1987. La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa. México: Fondo de Cultura Económica, p. 246
- Darnton, Robert. 2003 [1982]. Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen. Madrid-México: Turner; Fondo de Cultura Económica, p. 269
- Darnton, Robert. 2006 [1979]. El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800. México: Fondo de Cultura Económica, p. 698.

Darnton, Robert. 2008 [1996]. Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución. México: Fondo de Cultura Económica, p. 553.

Darnton, Robert. 2010. El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 375.

Molloy, Sylvia. 1996. El lector con el libro en la mano. En: Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica. México: Fondo de Cultura Económica, p. 25-51.

Parada, Alejandro E. 2007. Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y práctica editoriales en la Argentina. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, p. 229

Parada, Alejandro E. 2008. Los libros en la época del Salón Literario. El Catálogo de la Librería Argentina de Marcos Sastre (1835). Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, p. 456.

Parada, Alejandro E. 2009. Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, p. 343.

Parada, Alejandro E. 2012. El Dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, p. 191-225

Prieto, Adolfo. 2006 [1988]. El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 248

Sarlo, Beatriz. 1985. El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927). Buenos Aires: Catálogos, p. 19-50.

Sarlo, Beatriz. 1979. Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y Sociedad. Punto de Vista, año 2, n° 6, p. 9-18

Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas, 2 v.

Fuentes

Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares. 1872. Boletín de las Bibliotecas Populares. Buenos Aires: Imprenta Americana, vol. 1-6

Lugones, Leopoldo. 1911. Historia de Sarmiento. Buenos Aires: Otero & Compañía, p. 255.

Esta obra se distribuye bajo licencia Creative Commons (CC) 3.0, disponible en:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/es/deed.es_AR

